

LA SONRISA DE LA GIOCONDA

The Gioconda smile
Aldous Huxley, 1948

La acción de *La sonrisa de la Gioconda* transcurre en el periodo entre guerras. Narra la conversión de Henry Hutton, un burgués hedonista que lleva a cabo sus caprichos sin ningún impedimento moral o económico. Sus pasiones principales son la adquisición de obras de arte y la conquista de mujeres. La única sombra en la vida de Hutton es Emily, su mujer, que hace tiempo perdió la salud y la belleza. La otra mujer con presencia permanente en la vida de Hutton es Janet Spence, bastante más joven que él, a la que conoce desde hace años. En algún momento, ambos se sintieron atraídos, pero la condición familiar de Hutton y la cercanía de ambas familias hicieron que la atracción caminase por la vía platónica. Janet comparte todas las aficiones artísticas y filantrópicas de Hutton, aunque no su amoralidad. Por eso aguarda con una sonrisa enigmática, que Hutton identifica con la de la Mona Lisa, el momento en que él quede libre. Las esperanzas de Janet sufren un trastorno grave cuando, en apenas dos meses, tienen lugar la muerte de Emily y el nuevo matrimonio de Hutton.

Un tercer hecho viene a convertir la trama amorosa en criminal: Hutton es considerado culpable de haber forzado su viudez mediante el envenenamiento de Emily. El amor obsesivo y el despecho llevan a Janet a declarar en falso en contra de Hutton. Por suerte para el procesado, un médico amigo, tan sagaz como humanitario, interviene para convertirlo en un hombre piadoso y probar su inocencia librándolo de la horca en los últimos minutos.

Antes de ser encarcelado, Hutton exhibía un escepticismo hedonista: “Los imperios se alzan y caen; las artes florecen y mueren; las ideologías se ponen de moda y dejan de estarlo. Pero el comer y el beber, hablar y amar, son las únicas cosas que verdaderamente importan. No es el progreso ni la revolución lo que puede hacer feliz a las gentes; no es ni Marx ni Abraham Lincoln. Es sentarse sobre la hierba, contemplar la puesta del sol y acaso, a hurtadillas, hurgarse la nariz.”⁽¹¹⁸⁾

Sin embargo, hasta un balarrasa como Hutton puede ser rescatado para la fe y acabar predicando la palabra de Dios: “¿Por qué pensaba Cristo que los escribas y fariseos eran peores que los publicanos y pecadores? Si el malo es malo sencillamente porque se aísla a sí mismo del Espíritu de Dios en él, está claro por qué pensaba Él así de escribas y fariseos, los buenos ciudadanos, los presidentes de las Cámaras de Comercio, los miembros del Parlamento, los abogados con éxito, los profesores de teología, todas las personas verdaderamente rectas y respetables. Estaban todos ellos tan ocupados portándose correctamente que les era imposible percatarse del Espíritu de Dios en ellos.” Para rematar su discurso, Hutton entona el mea culpa del rico descalabrado: “Por eso es por lo que me figuro que estoy aquí, por resistir al Espíritu de Dios en mí, por resistirlo con mentiras, con lujuria, con insensibilidad hacia otras personas. Y por ser un componente rico y respetado de las clases dirigentes.”^(175/177)

Una conversión tan prodigiosa no habría sido posible sin el buen hacer del doctor Libbard, en quien no cuesta identificar al autor. Porque lo que convence

definitivamente a Hutton es la filosofía de Libbard acerca del destino: “No sólo hay que aceptarlo, sino deseárselo. Hay que decirse: Esto es lo inevitable, es mi sino, y quiero que sea tal como es” ⁽¹⁵¹⁾. La paradoja en Huxley/Libbard es que mientras predica la aceptación del destino como algo inevitable, no deja de modificarlo con sus intervenciones. ¿Acaso se considera Dios?

No es la única paradoja en la conducta de Huxley/Libbard. Por ejemplo, a pesar de su vida desahogada no pierde ocasión de fustigar a los ricos. Le dice a Hutton: “A veces me ha dado usted muchísima lástima. Nacer siendo tan rico no es ninguna suerte. Sabe Dios que ya es bastante terrible tener que ganarse la vida; pero por lo menos señala cierto propósito y dirección a nuestra existencia. Mientras que, un rico, un hombre sin ocupación o sin familia a quien mantener, no tiene que preocuparse de nada más que de sus gustos y apetitos. Ansioso un momento, consigue lo que desea, y se hastía de asco y de saciedad. Analizándolo bien, [ser rico] es lo mismo que no ser del todo humano.” ^(49/50) En alguna ocasión, en un gesto de humildad, él también se incluye: “Contemplamos el lado desagradable de la vida sin que nos roce. Estamos protegidos por un muro de dinero y privilegio. Es transparente pero fuerte. Nos encontramos a salvo. Pero algunas veces se rompe el cristal y entonces nos horrorizamos por lo que se nos viene encima.” ⁽¹³⁹⁾

Otro rasgo de Huxley/Libbard es su reticencia ante el progreso, que lo lleva incluso a secundar los temores malthusianos: “Esto es lo que hace al hombre moderno tan estúpidamente pretencioso. Vive en un horrible universillo de fabricación casera y cree que ha conquistado el Universo de Dios. Pero el hombre no ha conquistado nada, simplemente ha cambiado las condiciones de la batalla. Y en muchos casos el cambio las ha empeorado. Ha multiplicado su especie hasta el punto de que la mayoría de los individuos no encuentran suficiente alimentación y siguen las cifras subiendo. Se ha industrializado hasta el punto de que está en peligro de agotar los recursos naturales (...) Y a esto le llamamos progreso. ¿Cómo puede nadie hablar de progreso cuando persisten la vejez y la muerte?” ⁽⁵¹⁾ Emily podía comprar o alquilar todo cuanto nuestra civilización puede ofrecernos. Y pocas veces he conocido a una persona más desgraciada que esa pobre mujer. Y ahora se ha muerto. Eso es lo que le ha conseguido el progreso, lo que nos conseguirá a todos nosotros tarde o temprano.” ⁽⁵²⁾

En correspondencia con el carácter piadoso de la obra, en *La sonrisa de la Gioconda* no podía faltar el componente misógino. Hay cuatro mujeres: Emily, la esposa enferma; Janet, la enamorada expectante; Miss Braddock, la enfermera andrófoba; y Doris Mead, la segunda esposa de Hutton. Emily no tiene presencia física, pero por referencias sabemos que no comparte las aficiones de su marido, no entiende de arte, la postración la ha vuelto antojadiza... En fin, que es el único impedimento para que la felicidad de Hutton sea completa, lo que la convierte en un ser antipático. Janet y Braddock, la enamorada y la enfermera, son culpables de falso testimonio, al propiciar la condena injusta de Hutton por el hecho de ser varón. En el caso de Janet hay que añadir dos delitos de asesinato, uno perpetrado y otro en grado de tentativa. La androfobia de la enfermera se manifiesta en expresiones como: “¡Así son los hombres! Lo único que les importa es lo sexual” ⁽¹⁹⁾; o “¡Cerdos! No tienen vergüenza ni decoro.” ⁽⁸⁶⁾ En cuanto a Doris, la bella estúpida con quien Hutton se casa en segundas nupcias, también acepta la culpabilidad de su marido. De Doris se dice que “una muñeca de trapo, un osito de felpa y un fonógrafo portátil reflejan sus gustos.” ⁽⁹⁶⁾ Más explícito es el propio Hutton: “Se puede luchar contra la malicia, pero contra la estupidez bien intencionada... Hace más daño que la maldad

y nada se puede hacer contra ella.”⁽⁵⁴⁾ Aprovechando la ingenuidad de este personaje, Huxley pone en su boca una nueva condena contra la mujer: “¿Por qué las mujeres han de pretender que son como rostros de la pantalla? Siempre mirando a los hombres de soslayo, con las bocas pintadas como un anuncio luminoso. Yo también lo hago, claro. ¿Por qué? No lo sé.”⁽¹¹⁶⁾

Un último personaje viene a confirmar la posición sexista de Huxley. Se trata del general Spence, padre de Janet, un inválido que contribuye con sus opiniones a compactar la idea global: “No me hubiera importado nada haber nacido perro. Perrera cómoda, comida gratis, acceso ilimitado al género femenino de la especie.”⁽¹²⁶⁾ Su única preocupación es la soltería de su hija: “Janet tiene treinta y seis años. Pronto no encontrará quien se case con ella.”⁽⁸³⁾ Por eso la exhorta: “Márchate al extranjero. Diviértete. ¡Y al diablo los gastos! Nada de pensioncitas suizas. Buenos hoteles, restaurantes decentes. Todo corre de mi cuenta. ¡Y, de paso, búscate un marido! Ni siquiera me importaría que fuese extranjero, con tal de que no sea alemán.”⁽¹⁶²⁾

En 1922, Huxley había publicado un relato breve con este mismo título y argumento. En 1948, Zoltan Korda lo adaptó al cine con el título *A woman's vengeance*.

La edición aquí comentada es de Caralt, 1984. Su traductora, María Luisa Buendía, convierte a Janet en Juanita y escribe: “No debes *de* decir esas cosas, Doris”⁽¹⁰⁵⁾. A continuación, algunos extractos.

PRIMER ACTO

Escena I

Verano. Casa de Henry Hutton, en el valle del Támesis, cerca de Windsor. Cuadros de pintores franceses: Matisse, Braque, Léger, Modigliani. Hutton conversa con Janet.

HUTTON

El cinismo no es más que una sencilla confesión sin arrepentimiento. Se reconocen los propios pecados y así se libra uno de la desagradable necesidad de la ocultación y de la hipocresía; pero habiéndolos confesado, ni se arrepiente uno ni se enmienda. Se publican nuestras faltas y se persiste en ellas.⁽¹²⁾

HUTTON

¿Pero quién no es el peor enemigo de sí mismo?⁽¹³⁾

HUTTON

¡Me desesperan estas gentes que mueren jóvenes! Todos los Keats y Shelleys y Schuberts. Es algo idiota.⁽²²⁾

HUTTON, *compara a Janet con un cuadro de Modigliani*

Mira esta figura. Perfectamente plana. Y, sin embargo, modelada. Consiste en la línea. Si la línea es lo bastante buena, implica el volumen. Ya sabes que hay una tercera dimensión. Hay personas así. Son planas, no dicen nada de particular, no

realizan ningún esfuerzo particular para expresarse. Y, sin embargo, se apercibe uno de sus profundidades, volúmenes y espacios psicológicos. Pues bien, tú eres una de esas personas (...) Es algo maravilloso tener una personalidad rica [aunque] jamás deja de incluir un buen número de manías y rarezas, sin nombrar las otras cosas, las vergonzosas, los reptiles de los sótanos, las cucarachas bajo el artesonado (...) Esa eres tú, mi misteriosa Gioconda. ⁽²³⁾

Antes de irse, Janet ve entrar furtivamente a una joven desconocida para ella. Es Doris Mead, con quien Hutton mantiene un romance clandestino. A Hutton le irrita la indiscreción de Doris. Cuando Janet se va la insulta, la rechaza, pero...

Doris se anida junto a él. El deseo de Hutton puede más que su enfado. La besa una vez, se echa para atrás; luego vuelve a besarla casi ferozmente. Doris casi se desvanece en sus brazos. ⁽³²⁾

DORIS Y HUTTON *hablan de Janet*

-¿Flirteas aún con ella?

-Sólo del modo más espiritual. Representamos una especie de escenas a lo Dante y Beatriz. Somos compañeros de alma. ⁽³⁶⁾

Escena II

Hutton regresa de noche. En la sala dormita el doctor Libbard, quien le informa de que su mujer ha muerto. Hutton culpa a la enfermera de incurrir en la negligencia de darle grosellas. Libbard conversa con Hutton, tratando de consolarlo.

LIBBARD

Es extraordinario cómo la tragedia se asemeja a la farsa. De hecho son básicamente iguales. La única diferencia está en que la farsa es algo incongruente que sucede a los extraños. La tragedia es lo incongruente que nos pasa a nosotros mismos o a nuestros amigos. ⁽⁴⁵⁾ Es muy fácil ser heroico en una crisis. Lo difícil es llegar a serlo a medias en tiempos normales. ⁽⁵⁰⁾

LIBBARD, *se levanta, sale a la terraza y mira el cielo*

Casi se ha puesto la luna. Se ven las estrellas. Lo que menos me gustaba cuando trabajaba en Londres era no ver el cielo, sólo humo con anuncios de whisky en vez de constelaciones. Esto es lo que hace al hombre moderno tan estúpidamente pretencioso. Vive en un horrible universillo de fabricación casera y cree que ha conquistado el Universo de Dios. Pero el hombre no ha conquistado nada, simplemente ha cambiado las condiciones de la batalla. Y en muchos casos el cambio las ha empeorado. Ha multiplicado su especie hasta el punto que la mayoría de los individuos no encuentran suficiente alimentación y siguen las cifras subiendo. Se ha industrializado hasta el punto de que está en peligro de agotar los recursos naturales. Créditos para gastos, ahí se basa nuestra entera civilización (...) Y a esto le llamamos progreso. ¿Cómo puede nadie hablar de progreso cuando persisten la vejez y la muerte? La vida no progresa. Es una ola que sube, se queda al mismo nivel cierto tiempo y luego se hunde, se hunde como le ha pasado esta noche a la pobre Emily. ⁽⁵¹⁾

Y Emily era una de la afortunada minoría. Podía comprar o alquilar todo cuanto nuestra civilización puede ofrecernos. Y pocas veces he conocido a una persona

más desgraciada que esa pobre mujer. O más restringida, más encerrada en sí misma, menos libre, a pesar de su libertad de elección y de movimiento. Y ahora se ha muerto. Eso es lo que le ha conseguido el progreso, lo que nos conseguirá a todos nosotros tarde o temprano. ⁽⁵²⁾

Libbard se va. Llega Janet.

HUTTON, *en un impulso filantrópico*

La pobre Emily hizo el testamento hace unos cuantos meses. Yo disfrutaré del usufructo de sus bienes totales. Vendrá a ser un poco más de tres mil libras al año. Pues bien, quisiera dedicar ese dinero a alguna obra benéfica [Claro que] no quiero darlo todo a alguna obra ya existente. Eso es demasiado fácil y no requiere mayor esfuerzo que el de extender cheques. Mi idea es dirigir la obra yo mismo. Quiero dar mi pensamiento y mi trabajo junto con mi dinero. ⁽⁵⁷⁾

HUTTON Y JANET *acerca del proyecto de Hutton*

-Yo no tengo genio creador, pero sí suficiente gusto e imaginación para darme cuenta de lo que debe ser poseer ese genio y no poder usarlo.

-¡Qué frustración!

-Como la frustración sexual. No, peor aún. La frustración de la maternidad. Como la mujer que ha nacido para ser madre y se encuentra encerrada contra su voluntad en un convento.

-Y ni siquiera cree en Dios. ⁽⁵⁸⁾

ACTO SEGUNDO

Escena I

Dos meses después de la muerte de Emily. Janet visita a Hutton. Afuera estalla la tormenta. Janet mira a través de la ventana. ⁽⁶¹⁾

JANET

Mira esos árboles. Se contorsionan, luchan. Como si quisieran verse libres. Pero no pueden, no pueden. Están atados a la tierra. Como esos pobres niños a los que deseamos ayudar. Atados a la pobreza. Y si el viento del espíritu sopla sobre ellos, todo lo que puede hacer es torturarlos. Henry, me siento feliz de hacer lo que hacemos. ⁽⁶⁸⁾ Todos tenemos derecho a la felicidad. ⁽⁷⁰⁾

HUTTON

¿Derecho? Yo no reclamo derecho a nada. Tomo lo que se me pone por delante y lo agradezco a mi buena estrella. ⁽⁷⁰⁾

Exaltada por la tormenta, Janet declara su amor a Henry.

JANET

¡Qué maravilloso! Es igual que la pasión. Amar tanto u odiar tanto que por fin se rompe todo freno, a pesar de uno mismo. Como el relámpago, como el trueno, como el viento y la lluvia (...) Henry, ya somos libres, no tenemos que disimular más. ⁽⁷²⁾

Cae de rodillas junto a la mesa de Henry y le toma una mano. Tiene su rostro una expresión de éxtasis; los ojos cerrados, como si estuviera en trance. ⁽⁷³⁾

JANET

¡Tómame, Henry! ¡Tómame! ⁽⁷⁴⁾

Hutton la rechaza. Mientras estaba en Cornwall se ha casado con Doris. Janet trata de sobreponerse. Llegan la enfermera, el general y el doctor Libbard. A solas con el médico, Hutton le expone la situación.

HUTTON y LIBBARD

-¿Recuerda usted los endemoniados del Evangelio? ¿No es la más acertada explicación de algunas de las cosas que hacemos? Cosas que están francamente mal, que son idiotas y suicidas. ¿No será que alguien en nuestro interior las hace a pesar nuestro?

-Es un modo de rehuir la responsabilidad. El otro modo, el más moderno, es llamar a los diablos traumas y complejos, y decir que todo es culpa de nuestra madre por habernos destetado demasiado pronto. Pero no olvidemos que existe el libre albedrío. ⁽⁸⁰⁾

LIBBARD, *al saber que Hutton va a ser padre*

¿Un niño? ¡Gracias a Dios! Es la mejor noticia que me ha dado usted en su vida. Aún vamos a hacer de usted un ser humano. ⁽⁸¹⁾

DORIS, *humillada por Janet*

Sabe usted, no soy nada lista. Y Henry parece que lo sabe todo. Me gustaría que me diesen unas lecciones sobre arte y cosas así. ⁽⁹⁵⁾

Escena II

La enfermera Braddock acusa a Hutton de haber envenenado a Emily. Exhumado el cadáver, el forense encuentra restos de arsénico. Tras declarar, Hutton regresa junto a Doris. Describe su situación "como estar en medio de un enjambre de insectos" ⁽¹⁰⁸⁾, sensación que lo lleva a reflexionar profundamente: "¿Cómo puede un trozo de materia enamorarse o escribir Hamlet?" ⁽¹⁰⁹⁾ Doris va hacia él. Se arrodilla a su lado y le toma una mano. Pero duda de su inocencia. Exasperado, Hutton le da un empujón, arranca la cabeza a la muñeca y le da varios puntapiés.

HUTTON y DORIS

-Supongo que me creías tan locamente enamorado que habría hecho cualquier cosa por lograrlo. Ya es hora de que las mujeres se den cuenta de que los hombres no se vuelven locos por ellas. Todo lo que uno pide es un poco de distracción, y en vez de eso... No sé por qué diablos me casé contigo. Ni por qué hombre alguno, en su sano juicio, se casa jamás con mujer alguna.

-¡Osito! ¡Vida mía! ⁽¹¹⁰⁾

Doris está desesperada. Janet la induce a tomar media tableta de un sedante y deja el tarro a su alcance. Cuando Janet se va, Doris intenta suicidarse tomando "medio tarro de tabletas para el sueño". El Dr. Libbard llega a tiempo de salvarla. Libbard reprocha a Doris que con su actitud no esté ayudando a su marido.

LIBBARD

Estoy seguro de que no fue Henry. Puede muy fácilmente haber sido un suicidio. ¿No lo ha intentado usted? ⁽¹¹²⁾ Lo primero y principal es creer en él. Contra viento y

marea. Y pase lo que pase ni lágrimas ni escenas desgarradoras. Algunas mujeres lloran con la misma facilidad con que gruñe un cerdo y disfrutan con ello casi tanto. (113/114)

Cuando Hutton se reúne con Doris, ambos se muestran arrepentidos.

HUTTON y DORIS

-¿Me perdonas, Doris?

-Vida mía... Soy yo quien necesita que la perdonen. Lo hice por despecho. Debí tener más juicio.

-¿A los dieciocho años?

-Es algo para lo cual la edad no tiene importancia. Es sólo cuestión de... de ser chica. ¿Por qué las mujeres han de pretender que son como rostros de la pantalla? Siempre mirando a los hombres de soslayo, con las bocas pintadas como un anuncio luminoso. Yo también lo hago, claro. ¿Por qué? No lo sé. (115/116)

Mirando a Hutton, Doris también se vuelve metafísica.

DORIS

¡Y pensar que quise matarme! Cuando todo es tan hermoso... ¡Qué maravilloso esto! Poderse mover de aquí para allá. El vacío aquí. El vacío allí. Por eso se es libre. Quizás eso es lo que Dios es: el vacío entre las cosas. Piensa en lo que sería el mundo si no existiera el vacío, si todo estuviese tan lleno que no se pudiese uno mover. Sería como un ataúd. Eso es la muerte, eso es el infierno. (116)

HUTTON, *arrodillado ante Doris*

Y, entretanto, ya habrá habido dos o tres guerras mundiales y media docena de desastres económicos y revoluciones. Pero, afortunadamente, la vida privada seguirá. Los grandes hombres serán aclamados, odiados luego; los imperios se alzan y caen; las artes florecen y mueren; las ideologías se ponen de moda y dejan de estarlo. Pero el comer y el beber, hablar y amar, son las únicas cosas que verdaderamente importan. No es el progreso ni la revolución lo que puede hacer feliz a las gentes; no es ni Marx ni Abraham Lincoln. Es sentarse sobre la hierba, contemplar la puesta del sol y acaso, a hurtadillas, hurgarse la nariz. (118)

ACTO TERCERO

Escena I

El escenario está dividido. A la izquierda, la celda de Hutton y a la derecha la sala de los Spence. Cuando está encendida una, la otra está apagada, invisible. (125)

Hutton va a ser ahorcado. Libbard sigue creyendo en su inocencia, pero en el ánimo del jurado ha sido decisiva la negación rotunda por parte de Janet y Braddock de que Emily se quisiera suicidar.

LIBBARD, *a Janet, que parece desesperada*

Hemos vivido bajo cristales. Contemplamos el lado desagradable de la vida sin que nos roce. Estamos protegidos por un muro de dinero y privilegio. Es transparente pero fuerte. Nos encontramos a salvo. Pero algunas veces se rompe el cristal y entonces nos horrorizamos por lo que se nos viene encima (...) Y, sin embargo, está

en nuestro poder el resignarnos. Y cuanto antes nos conformemos con nuestra suerte, mejor. ⁽¹³⁹⁾

Cuando Libbard aconseja a Janet que la vea un psicólogo, ella recela de que quieran hipnotizarla para arrancarle la verdad y reacciona con violencia.

JANET

¡Le voy a matar! ¿Entiende usted? ⁽¹⁴²⁾

Doris pide a Janet que cambie su declaración y reconozca que Emily deseaba morir. Janet la insulta, la golpea y la echa de su casa. Su lenguaje se parece al de Miss Braddock.

Escena II

HUTTON y LIBBARD, *en la celda*

-¡Socórrame doctor, sálveme, por Dios! ¡Ya sólo faltan dos días!

-Tiempo sobrado para reconciliarse consigo mismo, para conformarse con los hechos. No resista, ¡abandónese! No sólo hay que aceptarlo, sino desearlo. Hay que decirse: "Esto es lo inevitable, es mi sino, y quiero que sea tal como es".

-En cierto modo, lo que me pasa no es del todo injusto. Yo no maté a Emily, pero la martiricé. Sabía lo desgraciada que era y aceptaba su sufrimiento. Lo deseaba porque no estaba dispuesto a privarme de mis diversiones. ¿Cree usted que se nos da a cada cual su merecido?

-¿Qué se nos da, si no? "A Dios no se le engaña". Lo que se siembra se cosecha.

-No me creo peor que muchos otros. ¿Y qué hacen ahora? Cazar faisanes, telefonar a sus agentes de bolsa o sestear en un butacón del club.

-Cazar faisanes y telefonar a los agentes de bolsa no son recompensas celestiales. Al contrario, quizá sean castigo. El hombre que pierde su tiempo en esas cosas no lo emplea en otras, lo que es una especie de aborto espiritual. Y ser un aborto, ¿qué es, sino el más terrible de los castigos? Mientras que el ser pobre o enfermo, o injustamente condenado, sí, aun eso, pueden ser recompensas.

-Me ha hecho usted un bien inmenso, Libbard.

-Dios te bendiga, Henry. ¡Ya estamos en otras manos! ^(151/154)

Escena III

Janet se rodea de libros en los que busca todo lo relacionado con la pena de muerte. Su padre se preocupa.

GENERAL

Márchate al extranjero. Diviértete. ¡Y al diablo los gastos! Nada de pensioncitas suizas. Buenos hoteles, restaurantes decentes. Todo corre de mi cuenta. ¡Y, de paso, búscate un marido! Ni siquiera me importaría que fuese extranjero, con tal de que no sea alemán. No quiero tener por nietos un montón de pequeños *junkers*. ⁽¹⁶²⁾

Libbard llega a casa de los Spence. Mientras Janet y la enfermera llevan al general a su dormitorio, el doctor aprovecha para adelantar el reloj una hora. Janet vuelve y le pregunta cuánto tarda en morir un ahorcado. Recelosa de las intenciones de

Libbard, Janet dice que no caerá en su trampa de hacerla hablar, pero no puede permanecer callada. Recuerda a Emily. ^(163/169)

JANET

Engañada, con los ojos vendados, ultrajada. Sí, ultrajada. Imagínese que aquel a quien se quiere, aquel en quien se confía, se le encuentra de pronto manchando las cosas más sagradas; arroja fango en la iglesia, escribe palabras soeces en las paredes. Emily tuvo que sufrir todo eso. ⁽¹⁶⁹⁾

Libbard invita a Janet a presentarse en la prisión para declarar que fue ella quien envenenó a Emily. De no hacerlo, podría volverse loca de remordimiento y quitarse la vida. El hombre que habla de la inevitabilidad del destino no deja de intervenir para modificarlo: "Si aceptas tu destino y no sólo lo aceptas sino que deseas que se cumpla..." le dice a Janet, y ella parece considerar la sugerencia. Con un gesto amable, ofrece al doctor una copa. Libbard es lo suficientemente listo para fingirse torpe y derramar la copa, sirviéndose otra él mismo. ⁽¹⁷²⁾

Escena IV

HUTTON, sereno, lee

"La diferencia entre un hombre bueno y otro malo no está en que el uno desea el bien y el otro el mal, sino sólo en que en el primero concurre el vivo e inspirador Espíritu de Dios y el otro lo resiste. Se le puede imputar el mal sólo por esta resistencia". [Y explica al celador] ¿Por qué pensaba Cristo que los escribas y fariseos eran peores que los publicanos y pecadores? Si el malo es malo sencillamente porque se aísla a sí mismo del Espíritu de Dios en él, está claro por qué pensaba Él así de escribas y fariseos, los buenos ciudadanos, los presidentes de las Cámaras de Comercio, los miembros del Parlamento, los abogados con éxito, los profesores de teología, todas las personas verdaderamente rectas y respetables. Estaban todos ellos tan ocupados portándose correctamente que les era imposible percatarse del Espíritu de Dios en ellos. Dios lo sabe. Por eso es por lo que me figuro que estoy aquí, por resistir al Espíritu de Dios en mí, por resistirlo con mentiras, con lujuria, con insensibilidad hacia otras personas. Y a intervalos, por ser un componente rico y respetado de las clases dirigentes. ^(175/177) La vida ha de vivirse hacia delante, pero sólo puede comprenderse en retrospectiva. Por eso hacemos los descubrimientos importantes demasiado tarde. ⁽¹⁷⁷⁾

Llega Doris. Hutton la besa en la frente y piensa en el hijo que viene.

HUTTON

Ahora está de moda la teoría de que a los niños no debe educárseles con cuentos de hadas. No te dejes convencer por semejante disparate. Si es Belinda le gustará Hans Andersen más que nada. Si Patricio es como yo, le gustarán *Las mil y una noches* y *La rosa y la sortija*. ⁽¹⁷⁹⁾

Escena V

Sala de los Spence. Libbard y Janet juegan a las cartas. Janet se comporta de un modo extrañamente infantil. Está muy excitada y estalla continuamente en carcajadas. Libbard le recuerda la hora. Sólo faltan dos minutos para la ejecución,

según el reloj manipulado por el médico. Aprovechando la relajación de Janet, Libbard le pone una inyección.

LIBBARD y JANET

-Te sientes ahora segura ¿verdad?

-Segura, sí. Absolutamente segura.

-Dime, Janet, ¿cómo le diste el veneno?

-Se lo eché en el café.

Libbard descuelga el teléfono y llama al director de la prisión.